



CAPITULO XIV

El padre Huerta y el polizone Cuevas

SUFRÍ por esos días el pesar más grande que puede caer sobre un hombre: mi padre, la persona á quien yo más quería y con quien estaba identificado más hondamente, murió á los setenta y dos años de su edad, en el pueblo de nuestro origen, dulce, insensible y alegremente como había vivido. Le lloré como todo buen hijo debe llorar á quien tanto significa para su vida y su ser, y aunque no pude recoger su alientito último, supe que sus pensamientos postreros, los concertados que tuvo antes de que le empezara el delirio que precedió á su muerte, fueron para mí, para mí á quien la lucha por la vida tenía alejado de su casa.

Mi nana Manuelita había muerto el año anterior, dos de mis hermanas se habían casado sucesivamente, y sólo quedaban las más jóvenes, que se habían acogido al lado



de mis tíos paternos. No me restaba, pues, nada que dependiera de mí directamente, y podía dar por terminado cuanto se refiriera á mi familia.

Para darme el pésame estuvo en esos días mi paisano Cuevas, hecho todo un caballero.

Lucía una cadena más larga que la que él merecía por sus culpas, que es cuanto se puede decir para encarecer su tamaño: le daba tres vueltas al cuello, pasaba por debajo de la axila, se introducía por el chaleco, reaparecía por la botonadura de cristal, entre el chaleco y la camisa, se metía al bolsillo y todavía le quedaba un buen

desahogo para campanear llena de dijes, sellos, lapiceros, monedas y otras zarandajas.

En los dedos portaba la mar de anillos: temebagones con piedras verdes, cintillas con brillantes aguardentosos, argollas simulando víboras, sortijas de montaduras originalísimas.

Se había dejado crecer la barba y la ostentaba por gala partida en dos, con aspecto muy pronunciado de indianete ó *jándalo* de zarzuela.

— Desolado por la noticia, chico, desolado; has perdido un padre excelente, ¡vaya si era excelente!

Y mientras tanto sonaba la quincallería con un retintín insufrible.

— ¡Qué! ¿no sigues en la policía?

— Pero ¿en qué país vives, chico? Eso se acabó hace mucho tiempo; ahora me dedico al comercio; soy propietario.

— ¿Propietario tú? Mira que es cuanto me podía suceder. ¿Y qué propiedades tienes? ¿Has denunciado fincas, como Gordo?

— No, hombre, ¡quita allá! eso es arriesgado, porque la verdad es que no sabemos á qué hora vendrá al suelo tu patrono Comonfort, dejando á los adjudicatarios con un palmo de narices... No, yo comercio más fácilmente: presto sobre alhajas y ropas en buen uso... La política... que se ocupe de ella quien no tenga en qué caerse muerto.

Una persona de arraigo, de posición, acreditada y solvente, no puede ocuparse de esas miserias... Aunque, al fin, hay ciertas cosas que, quiéralo uno ó no lo quiera, le preocupan de firme; ahí tienes tú la expulsión de los sacerdotes de San Francisco; pues es cosa que á cualquiera le llamaría la atención...

— ¿De manera que ya no eres tan liberal como de marras?

— ¡Hombre, por Dios! liberal sigo siéndolo; pero cristiano también lo soy. Porque, digo yo: ¿Vamos á perder la religión de nuestros padres, lo más grande y lo más hermoso que tenemos, sólo por darnos el gustazo de decir que somos muy libres? En fin, que hagan eso los *pepenacohetes*, los miserables, los descalzos, está bien; pero gente que representa algo, me parece que haría mal en tomar esas cosas por lo serio. ¿Libertad? Pues venga mucha libertad, y muchas garantías y muchos derechos del hombre; pero, eso sí, también mucha religión, muchas tandas de ejercicios espirituales y mucha penitencia hasta por el pecadillo más leve. ¿Instrucción? Vamos instruyéndonos hasta saber el número de animalillos que tiene una gota de agua, el número de gotas que tiene el mar, y el número de animales y de gotas que tienen todos los ríos del mundo. Vamos averiguando lo que sabían los indios que antes que nosotros estuvieron aquí, y las trastadas que hacían y su número y cuanto sea menester; pero que no

se enseñe la irreligión, ni el ateísmo, ni las malas costumbres. De otro modo, ¿cómo vamos á sujetar á la canalla y á resguardar lo ganado á costa de nuestro trabajo?

Habría seguido aquel palabrero discurrendo hasta el fin de los siglos, si no hubiéramos visto entrar al padre Huerta con el hábito roto, vacilante el paso y extraviados los ojos. Había perdido de vista al bueno del fraile desde hacía tiempo, y me lo encontraba distraído, tontiloco, falto de seso en apariencia.

— Hijo, ¿es cierto que murió aquel varón santo, aquel vaso de virtudes? ¡Dichoso él, que no alcanzó á ver las abominaciones que yo he visto y las que tendré que ver si el Señor no lo remedia!... Vengo de Puebla, vengo de ver lo que allá pasa, y vengo escandalizado. Aquellos no son cristianos, ni aquellas son costumbres, ni aquello se puede sufrir... ¿Qué diría el bendito Fray Toribio si viera que en su ciudad querida las gentes se golpean y se matan por conservar bienes terrenales? Él, que se jactó de llevar el remoquete de Motolinia, que se desposó con la dama que nuestro padre Francisco amó con toda su alma... He visto á gentes maldiciéndose, arañándose, destrozándose como tripulantes de barco atacado por piratas, y que sólo defendían los bienes caducos y perecederos, los bienes que son polvo y ceniza... He visto á mujeres caer heridas, gritando vivas y muéras, dejando ir el alma llena de odio y encono... He visto á sacerdotes consagrados, á los Cristos

del Señor, esgrimir armas homicidas y morir y matar por alcanzar la escoria mundana que se llama riqueza... Y pensar que frailes de mi orden, que han jurado seguir las huellas del Serafín de Asís, manchan sus hábitos en contiendas mundanas! ¡Y pensar que estos son los herederos de aquellos que *se caían de su estado andando por los caminos*, de aquellos que guardaban un pollo durante tres semanas! ¡Oh, qué endechas plañiría el padre Mendieta, si supiera que éste era el estado de su iglesia indiana!

El solemne Cuevas no hallaba qué hacer ni á qué carta quedarse.

— Está S. P. muy excitado. ¿Por qué no toma cualquier alimento para repararse?

— ¡Alimento, alimento, siempre suciedad y materia! ¿Sabes cuántos días hace que no como? Tres; y cuatro hacía que no llevaba á la boca más que un pedacito de pan. Ese afán de comer, de llenar la tripa, de satisfacer á la bestia, es lo que nos ha traído á esta situación... Y la bestia se alimenta no sólo de bazofia, sino también de casas, de haciendas, de randas, de bordados, de terciopelos, de oro, de plata amonedada y en barras... ¡Maldita sea la bestia! Yo quiero mejor que digan de mí: «He aquí uno de esos á quienes han vuelto loco los ayunos y las tribulaciones», que «Miren á ese frailucho motilón y barrigudo, cómo se ha hecho rico con el sudor de las ovejas de Dios.»

Cuevas se llevó la mano á las sienes con ademán significativo.

— ¡Loco, sí, loco! exclamó en un último arranque; pero como los compañeros del Cristo del monte Albornia, mi padre: «soy loco por Cristo.»

Cuando bajó la escalera trastabillando y dando traspiés, le seguí por largo rato para evitar que los muchachos se rieran de él y le maltrataran. En la portería de Santo Domingo tomé una taza de caldo que á duras penas conseguí que ingiriera; pero repitiendo su estribillo:

«Somos sandios por Cristo; Cristo es nuestro guía; abajo las cochinas riquezas.»

